SAN SALVADOR

Regreso de San Salvador, donde fui tratado con esmero. ¿Cuál es la sensación más destacada que traigo de esa ciudad? La de la inseguridad, sin ninguna duda. La delincuencia organizada y las estructuras *pandilleriles*, así les dicen, tienen una gran presencia desestabilizadora en el ambiente. En el país la tasa de asesinatos se mantiene actualmente en los 11 diarios. Se nota, es manifiesto, que existe hartazgo de tanta violencia incontrolada. Se nota, es obvio, que hay cada vez más personas, grupos de jóvenes inteligentes (*Un día en la vida*, Manlio Argueta: "…ella nace mientras nosotros agonizamos, posiblemente ella también nos salvará."), dispuestos a no seguir agachando la cabeza y a tratar de cambiar su entorno. A partir de ahora los votantes elegirán a los diputados y ya no lo harán las cúpulas partidarias, y eso puede ayudar de forma decisiva al cambio. Hay esperanza. Este país se lo merece, porque lo tiene todo para desarrollarse de forma positiva. En los pocos días que duró mi visita he podido conectar con la realidad de su gente, amable, deseosa de progresar. He podido ver algunas de las muchas bellezas que depara su territorio. Os aseguro que merece la pena adentrarse en el universo de este pequeño país rico en arqueología, tradiciones, colores, paisajes, clima y playas. No son malas las carreteras y resulta posible recorrer el país entero en aproximadamente 4 horas. Partiendo de la capital he podido acercarme a visitar, en algo menos de una hora, el lago Coatepeque (El Salvador es tierra de lagos), ubicado en el sur del departamento de Santa Ana. Se trata, en realidad, de una primitiva caldera volcánica rellena de agua, cuya belleza excepcional la llevó a figurar en la lista del concurso que buscaba nombrar a las siete nuevas maravillas del mundo. Por allí, contigua a ella, extensos cafetales y vegetación boscosa. Dicen algunos que los salvadoreños han hecho de la elaboración del café, más que una industria, una forma de vida. El Salvador también es mar, besado largamente por el Océano Pacífico, que le proporciona el don de hermosas e incontaminadas playas, bajo un sol tropical y unas condiciones térmicas similares durante todo el año. Te vas a encontrar con parajes paradisíacos, con playas auténticamente vírgenes, algunas con fuertes oleajes que permiten clasificarlas como entre las mejores del mundo para la práctica del surf. Aunque no he podido disfrutar de ella, bien a mi pesar, he podido asomarme a la sorpresa de la playa del Sunzal, en el departamento de La Libertad, de regreso de una excelente comida en un lugar

próximo, el restaurante Beto´s (la influencia americana siempre presente, hasta en los nombres), en un día de temperatura ideal, al aire libre, con amigos, acariciado no sólo por la brisa, me atrevería a decir que hasta por el exquisito olor del mar. Por supuesto, lógico, le dediqué una especial atención, en mi corta estancia en El Salvador, a la capital, la ciudad más poblada del país y la segunda más grande de Centroamérica. Visité, como es obligado, la catedral metropolitana El Divino Salvador y el Palacio Nacional y me acerqué al muy próximo parque El Boquerón (el Salvador también es una tierra de volcanes), hermoso lugar que ha servido de inspiración a músicos y poetas, como a Pancho Lara, *Flor Volcaneña*, en la que nos dice:

Bajando vienen las volcaneñas,
Son las floreras del Boquerón
Que se embriagaron con la fragancia,
Con los perfumes de su volcán.

De regreso y de camino hice una parada para reponer fuerzas, antes de dirigirme al aeropuerto, para degustar unas pupusas, tortillas gruesas hechas a mano, generalmente usando masa de maíz, rellenas en este caso de chicharrones pero que también lo pueden ser de queso y de frijoles refritos, en el restaurante Las Brumas. Allí me dijeron que todos los alimentos que llevan la palabra india añadida, gallina india por ejemplo, significa que es autóctono o séase, animal alimentado de forma natural. También en el mismo sitio alguien me contó, aunque esto ya no tenga que ver con la comida, que cuando se dice "este me ha salido *dundo*", quiere decir "este me ha salido tonto". Ya en el avión pensé en la maravilla de la gente que he dejado allí, amigos para siempre, lo mejor de lo mejor. Por supuesto he regresado consciente, *dundo* sí pero no tanto, de que sólo puede ver lo que vi, que significa en este caso casi nada. Porque para conocer este país, aunque sea la más pequeña de las repúblicas del istmo centroamericano, para llegar a su corazón de verdad, a sus vibraciones más recónditas, se necesita algo más que buena voluntad, se necesita tiempo. El Salvador: todo un interminable mundo de sorpresas. Lo digo como lo siento, tal como acostumbro a decir yo las cosas.